

Darío VILLANUEVA, *De los trabajos y los días: filologías*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2020, 342 pp.



La publicación de este libro puede considerarse la exposición de un documento valiosísimo por lo que supone de autorretrato intelectual de Darío Villanueva, el maestro «que para muchos representa la primera espada de la teoría literaria y del comparatismo en España» (p. 187) en palabras de David Viñas publicadas en las páginas de esta revista y reproducidas en una de las entrevistas que incluye el volumen. Palabras que suscribo sin ambages y que me llevan a escribir esta reseña desde el entusiasmo que supone hablar de un autor al que ya se admira previamente y que, desde luego, no decepciona en estos documentos que resumen más de cincuenta años de una vida profesional dedicada a los estudios filológicos, siempre de forma brillante.

Pero vayamos poco a poco. Este volumen se debe en parte a la pluma del profesor Villanueva, pero no del todo. En realidad, los responsables de su publicación son, según reza el colofón del libro, los miembros del Área de Teoría de la Literatura de la Universidad de Santiago de Compostela, quienes se lo ofrecen con motivo de su jubilación. De ahí que *De los trabajos y los días: filologías* esté dividido en tres partes, de las que Darío Villanueva es responsable en casi su totalidad, aunque no lo sea de su publicación, puesto que no todas ellas estaban destinadas al formato libro, y alguna de ellas ni siquiera a su difusión. Me refiero, concretamente, al *curriculum vitae* que constituye la tercera parte del libro, un documento vinculado a los afanes administrativos que jalonan la vida académica del profesor universitario, pero que no suele airearse fuera de estos círculos. En esta ocasión, el *curriculum vitae* funciona como ejecutoria de un itinerario profesional apabullante que ocupa la friolera de ochenta páginas, incluyendo no sólo los títulos y las publicaciones académicas en varios idiomas, sino otras facetas como la gestión de actividades editoriales y de investigación de muy diversa índole, por ejemplo. Sin embargo, el valor de este documento es meramente informativo, y su función no es otra que la de permitirnos consultar los datos más objetivos de la biografía intelectual del homenajeado. Nos muestra al profesor y al investigador, pero para que lo veamos de lejos.

No quiero con esto disminuir la trascendencia de este *curriculum vitae* —pretensión que resultaría tan absurda como ridícula, pues un *curriculum* así habla por sí solo—, sino subrayar la importancia que tienen las dos partes anteriores, donde, esta vez sí, nos encontramos con la palabra viva, aunque sea por escrito, de Darío Villanueva. Palabra que nos interpela activamente para

ofrecernos sus reflexiones y sus enseñanzas sobre el lenguaje y la literatura, así como sobre los estudios asociados a ellos. La palabra clave en este caso es *magisterio*, bien a través de lo que algunos interlocutores privilegiados han tenido ocasión de preguntarle —sección segunda, que incluye tres entrevistas publicadas previamente en diferentes medios—, bien a través de lo que el propio escritor ha querido dar a conocer, en un texto de carácter autobiográfico —sección primera— que lleva el título de «Horas y empeños (confesiones híbridas)». Extraña calificación genérica, la de «confesiones», para un texto que se mantiene en todo momento dentro de los límites de la vida profesional, sin entrar en ningún momento —ni falta que le hace— en lo privado, menos aún en lo íntimo. De ahí su carácter «híbrido», producto no sólo de la pretensión de llevar a cabo un relato autobiográfico, sino de ensayar, a la manera de Montaigne, un autorretrato intelectual a partir de las ideas que, formuladas en textos anteriores, van recopilándose al calor de dicho relato.

Valga como ejemplo la forma en que el autor se refiere a sus maestros, de quienes no sólo destaca sus cualidades positivas —calidez, generosidad, nobleza, etc., todo aquello que en unas memorias al uso serviría para trazar la imagen más humana de quienes pudieron ser algo más que simples profesores—, sino, sobre todo, la huella que dejaron en su pensamiento. Por las memorias desfilan nombres míticos para la filología: Emilio Alarcos, Ricardo Gullón, Fernando Lázaro Carreter, Claudio Guillén, entre otros muchos. También escritores de la talla de Juan Benet, Carlos Barral, Francisco Ayala o Gonzalo Torrente Ballester. Para todos ellos tiene Villanueva un recuerdo cariñoso, pero lo importante es siempre, al menos en lo que se refiere a esta autobiografía, lo que aprendió de ellos, lo que supuso cada uno de ellos para la conformación de su pensamiento sobre la literatura.

Conforme el autor va contando los diversos episodios con los que construye el relato de su vida profesional, va formándose una síntesis de sus más importantes concepciones en torno a la teoría literaria y al comparatismo, las dos cuestiones que han vertebrado su pensamiento, y no cabe duda de que esto es un efecto buscado. En lugar de llevar a cabo un discurso puramente teórico, según la retórica, algo árida, de este tipo de escritura académica, Villanueva nos ofrece un punto de vista diferente, más atractivo seguramente por ello, aunque no exento de riesgos precisamente:

La redacción de estas páginas sobre mis horas y mis empeños me llena de satisfacción, y al tiempo de zozobra. Lo primero, porque me otorga la posibilidad, tan atractiva al punto de la trayectoria académica en la que me encuentro, de enraizar mi investigación literaria con realidades vividas, y ello no en un registro de autobiografismo narcisista, sino con toda la ambición de atender fenomenológicamente a lo dado, a las cosas mismas, tal y como son en sí y pueden ser percibidas, analizadas e interpretadas intersubjetivamente. La zozobra viene, sin embargo, precisamente del narcisismo al que acabo de aludir. Ese será —está siendo ya— el vicio en el que no quisiera incurrir y del que tan sólo saldré bien librado si consigo presentar desde mi experiencia personal asuntos que a todos nos conciernen, y no solo a las personas de mi generación, sino también a los más jóvenes (pp. 35-36).

Y, en definitiva, esto es a lo que dedica Darío Villanueva sus «Horas y empeños». El texto funciona no sólo como autobiografía, sino sobre todo como compendio de sus principales preocupaciones en lo que se refiere a cuestiones como la función de la literatura en la sociedad actual —«la enseñanza de la literatura puede actuar y de hecho actúa como un revulsivo decisivo para las conciencias para hacerse con una visión más amplia de las cosas» (p. 46)—; la necesidad de atender al canon de la literatura universal; las condiciones epistemológicas que deben regir la práctica del

comparatismo —según la lección aprendida de Claudio Guillén, «un nuevo paradigma en el que las *convergencias*, más que las *influencias*, revelan la solidez de las constantes o leyes generales de la literariedad que persigue la teoría de la literatura» (pp. 73-74; cursiva en el texto); la atención a la lectura directa como único modo de acercamiento a las cuestiones literarias —«la dedicación al estudio de la literatura nunca puede dejar de lado nuestra relación más genuina, espontánea y natural para con ella, que es la que establecemos como lectores. Lectores puros, ingenuos, por así decirlo» (p. 175)—; o la exigencia de un retorno a la filología que, de la mano de las teorías empíricas de la literatura, podría salvar a ésta de los excesos relativizadores de corrientes teóricas como la deconstrucción o los *cultural studies*, que sólo habrían conseguido, según Villanueva, hacer de la literatura un ejercicio irrelevante a base de insistir en esa «hermenéutica negativa» que se dedica a denunciar la incapacidad de la literatura para transmitir sentido.

Como autobiografía, el texto hace referencia también al fuerte vínculo que mantiene el profesor Villanueva con su tierra, Galicia, y a los diferentes cargos que ha ejercido a lo largo de su dilatada trayectoria, tanto en lo que se refiere a la docencia universitaria como a la gestión de instituciones vinculadas a la vida cultural gallega y española, y que no necesito enumerar. Al igual que ocurre con el relato de su trayectoria intelectual como pensador, las alusiones a su condición de gallego o a los cargos ocupados buscan sobre todo dejar sentadas sus opiniones sobre cuestiones tan importantes como el papel de las lenguas hispánicas en la constitución de una visión de conjunto de la literatura española no limitada a la literatura en castellano, la función de las universidades en la actualidad o los problemas que acosan a la cultura en este momento, desde la escasa financiación que recibe por parte de los poderes públicos hasta las nuevas formas de censura que sufre por parte de una sociedad civil que oscila entre la mojigatería de la corrección política y el cinismo de la posverdad —asunto al que el autor ha dedicado un libro que, si todo va bien, verá la luz este año de 2021—.

Las tres entrevistas que conforman la segunda sección del libro abundan en las cuestiones tratadas en «Horas y empeños», proporcionando al lector la posibilidad de volver sobre los principales argumentos sobre los que se asienta el pensamiento de Darío Villanueva, además de algunos asuntos nuevos. Pero lo más destacable es el hecho de que este abundamiento se hace ahora por medio de la conversación entre el autor y los responsables de las entrevistas, poniendo al descubierto el hecho de que todo magisterio se funda en el diálogo que establece el maestro con sus alumnos, sus discípulos o sus lectores. Se trata del mismo diálogo que el profesor Villanueva reivindicaba en la sección anterior al referirse a sus encuentros con quienes considera sus maestros, bien mediante la conversación directa con ellos, bien a través de la lectura de sus textos. La palabra que, de una manera u otra, permanece viva al ser reconocida como magisterio, esto es, como palabra que deja huella.

Juan Carlos PUEO
Universidad de Zaragoza